

Texto: Gianina Michelotti (Com. 05)
Fotos: Santiago Rodríguez del Pozo

UNA ENTREVISTA DIFERENTE

Bor cior

“DE CHICO INTUÍ QUE QUIEN MANEJA
EL DISCURSO TIENE LA ESPADA”

Profesor, Doctor, lingüista, investigador, padre, esposo, carpintero,
asador... Tiene casi más facetas que libros leídos y las vive con la
misma pasión con la que relata su vida.

/// “Tenía actos
anormales, pero
era una persona
normal”



Una luz clara, de mañana de miércoles, se hace lugar a través de los vidrios gruesos, gastados, del Instituto Cáceres Freyre, en la Universidad Austral. Como los cristales por los que mira este hombre, sentado en un sillón de terciopelo oscuro y rodeado por cientos de libros de la colección que donó Julián Cáceres Freyre. El contexto es el escenario ideal para el entrevistado, que mira con ojos solemnes, ojos que no se han cansado de pasear por tantísimos renglones; ojos que no pestañean. Doctor en Letras, lingüista, profesor e investigador de la Universidad Austral, presidente de la Academia Argentina de Letras, esposo y padre. Habla fuerte el Doctor Pedro Luis Barcia; se hace escuchar. Por momentos casi logra disimular que detrás de ese semblante grave baila una sonrisa pícaro. Con un diccionario invisible en su mano, elige con precisión y velocidad cada palabra, y desfilan, entre infinitas comas, frases que abrazan todos los sentidos. Entonces se escuchan los tambores, el cielo brilla con garabatos de fuego y con el aire espeso se levanta la escenografía de Gualaguaychú, donde Pedro protagonizó sus primeros años.

Pedrito, el niño

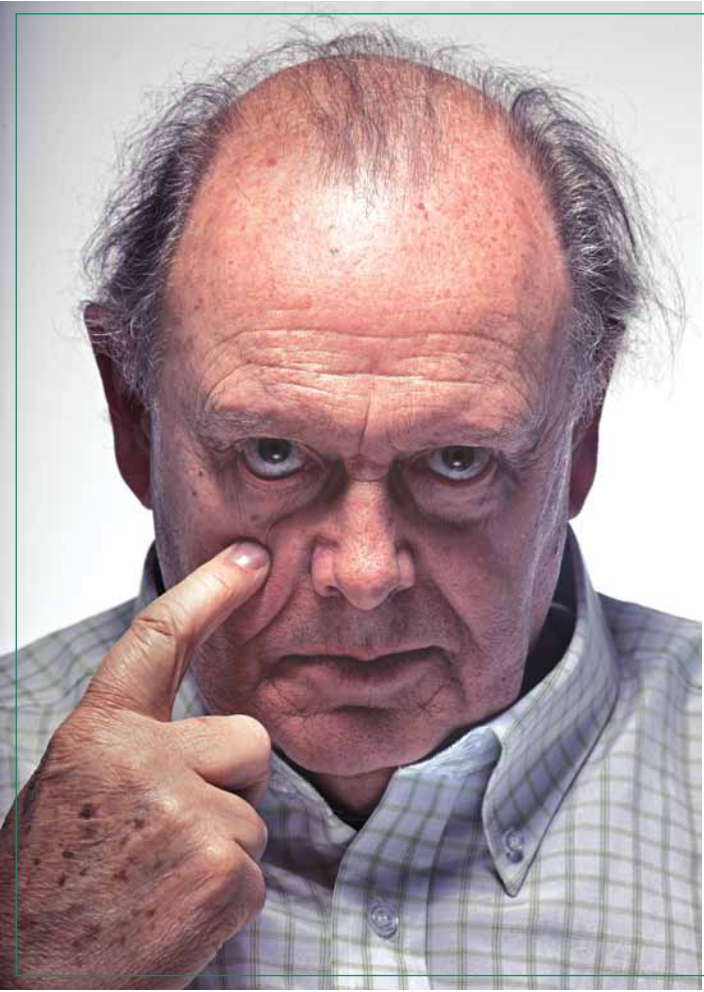
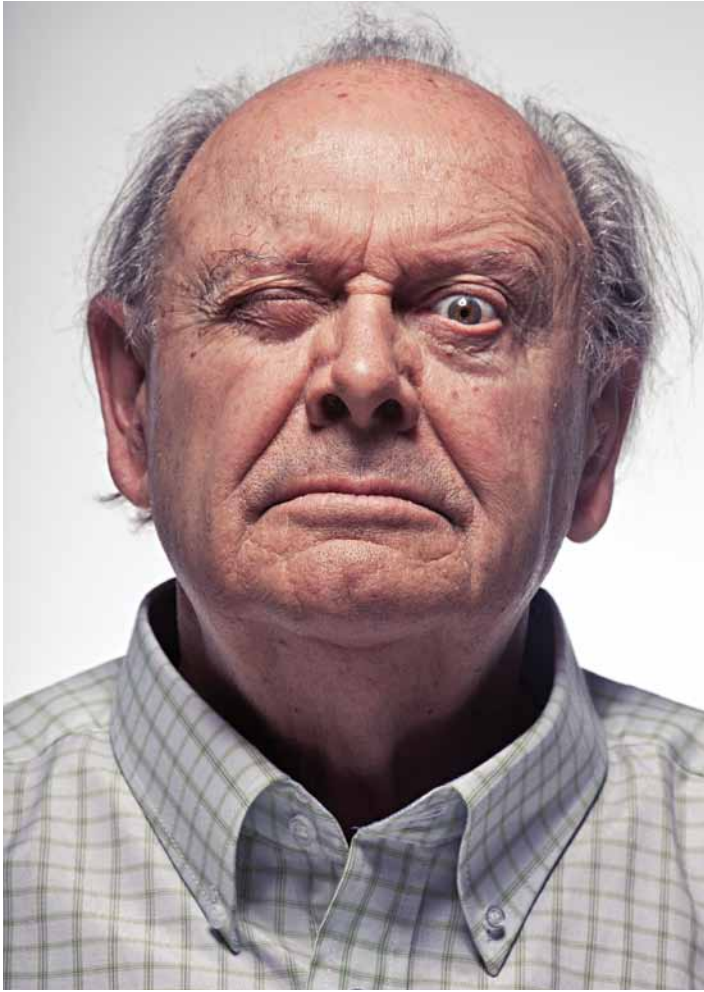
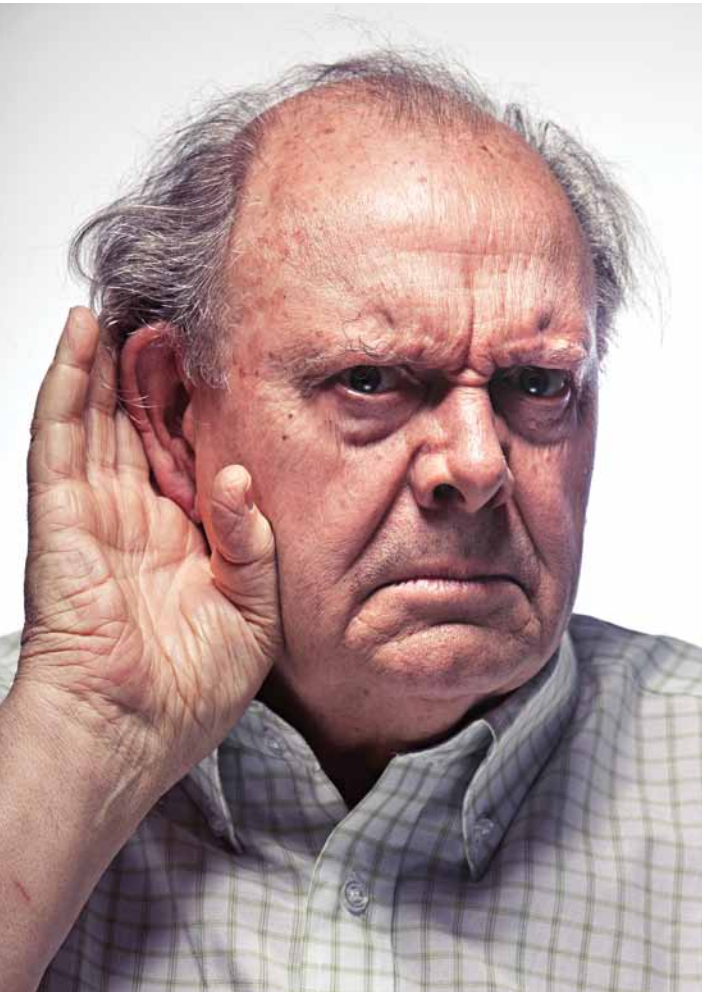
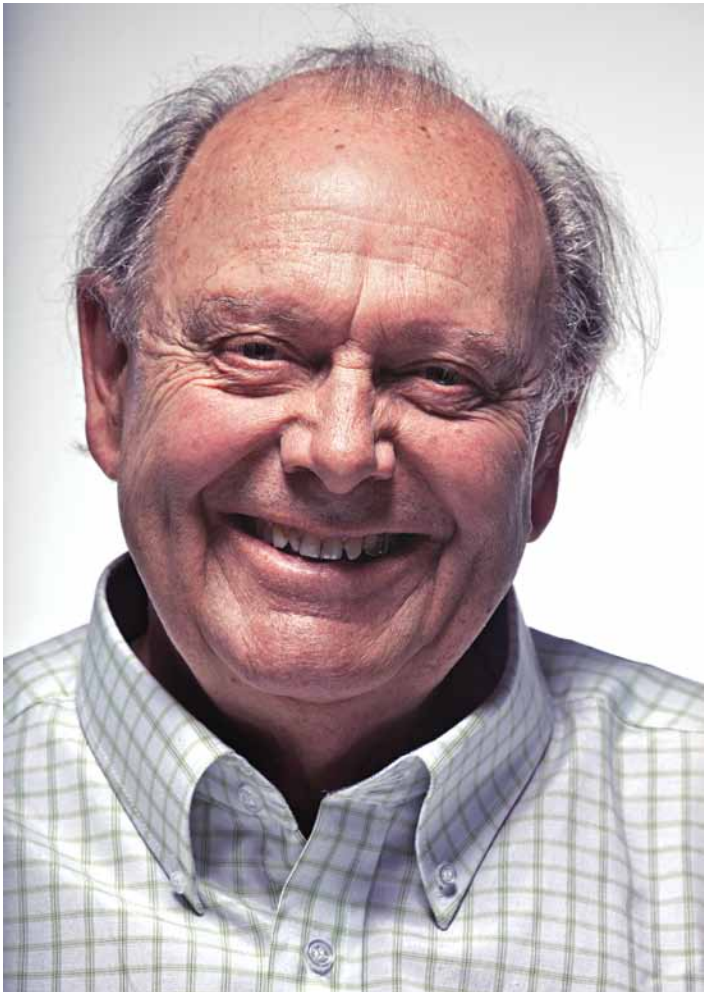
Pedro Luis Barcia, Pedrito, caminó sus años más jóvenes de la mano de una familia muy católica, que su memoria dibuja alrededor de una mesa grande: “En casa éramos mis padres, siete hermanos, dos tías –una muy revirada, curiosísima– y dos abuelas, una francesa que casi no hablaba español”. Esta ciudad de provincia preservó la pureza de sus primeros latidos. “Mi infancia fue felicísima en Gualaguaychú. Nos sentíamos muy protegidos, era una vida de barrio, muy tranquila”. A la noche sacaban las sillas a la puerta y los vecinos se saludaban, por el nombre, claro. La naturaleza entrerriana tiñó la infancia de Pedro de mucho río, remo, natación y poca pesca: “Me llevaba la caña, pero era un pretexto para tener conversación, entonces me sacaban del grupo”. También compartía con sus amigos el compromiso y las actividades de la Acción Católica. “Era realmente acción. Visitábamos a los presos, jugábamos al fútbol, les lle-

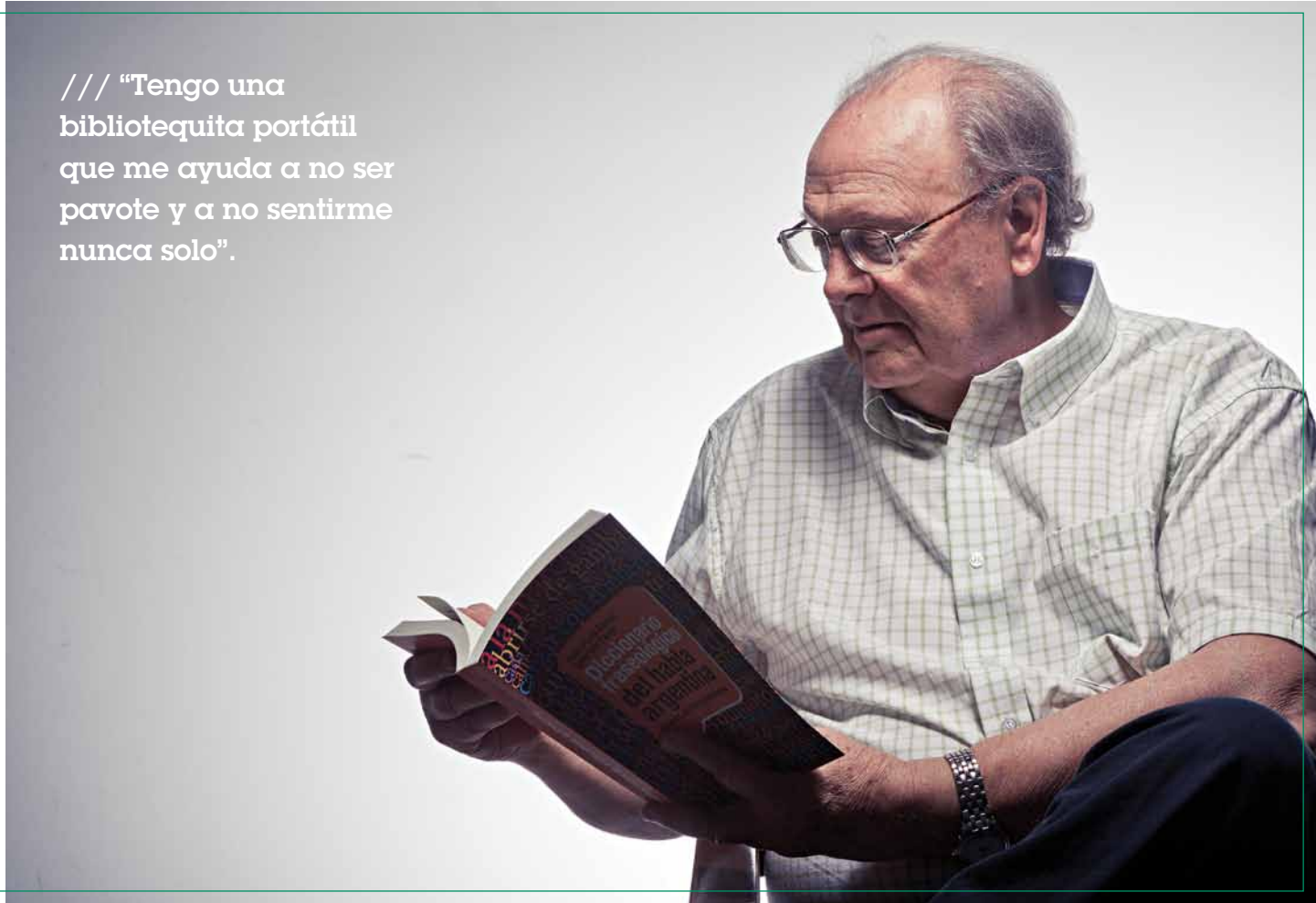
vábamos lo que necesitaban. Construíamos ranchos, hacíamos asistencia social”. Además, en los campamentos hacían excursiones por el monte entrerriano y todas las noches practicaban debate. “Esto nos ha dado una baquía muy grande; de ahí salieron muchachos que tenían capacidad para encabezar protestas, para sostener tesis”. Una infancia preservada de la contaminación y del deslumbramiento de la ciudad lo ayudó a edificar un plafón literario y cultural. “Al venir por primera vez a Buenos Aires con mi padre, recién a los nueve años, íbamos por la calle Florida de la mano, por temor a la gran ciudad, y al ver un hombre hablando contra la pared, grité: “Papi, ese hombre es loco!”. Me contestó: “No, hijo, está hablando con un portero automático”. El Dr. Barcia intenta convencernos de que su infancia transcurrió como la de muchos otros chicos de provincia, pero sus anécdotas alzan signos de interrogación. “Tenía actos anormales, pero era una persona normal. Yo me desafiaba en todo. Un día me ataba el brazo y andaba todo el día así para saber cómo era no tener un brazo. Otro día me vendaba un ojo para saber qué era ser ciego; no los dos, porque era gordo, pero no estúpido! Me pintaba un punto negro en la frente y me miraba fijo al espejo para asegurarme de no pestañear y dominar en la hipnosis. Insensibilizaba manos, clavaba agujas. Mis padres no me decían nada porque sabían que era normal; no me veían como un tipo raro, sí como un caso curioso”. Como Pedro era muy cumplidor, sus padres le daban mucha libertad. Si un día decidía no ir al colegio, no le decían una palabra. Más allá de este permiso que gozaba en forma exclusiva, en su casa no había diferencias ni preferencias. “Mi madre era absolutamente arbitraria en la estimación de los hijos: todos éramos una maravilla”, sonríe Barcia.

>>

EL DECÁLOGO DE LECTURAS, SEGÚN BARCIA
La Odisea, La Divina Comedia, El Quijote, Hamlet, La Biblia, Ficciones, Adán Buenosayres, Cien años de soledad, una buena antología de poesía en lengua española y El Principito.

/// “Una vez un compañero me preguntó si conocía a un autor del siglo XIX. Le respondí: No, ¡voy por el XVII!”.





/// “Tengo una
bibliotequita portátil
que me ayuda a no ser
pavote y a no sentirme
nunca solo”.

>>

Su padre dejó a Pedro un valioso legado de valores que él recalca alargando la “y”: “Mi padre era *muuyy* justo. Nunca nos golpeaba la cabeza, porque podíamos ser pensantes en el futuro”, se ríe. “Pero si hacíamos una macana, nos decía ‘esta noche te castigo’. Vivíamos todo el día sabiendo que iba a venir el viejo a pegarte. Y cuando estabas en la cama leyendo la revista *Rayo Rojo*, venía y te daba varios golpes en las nalgas. Lo importante era que el castigo no tenía el menor aditamento de mala voluntad, molestia o furia, sino que te golpeaba con el rostro sereno y te daba la impresión de que estaba practicando justicia. Pedro se aliaba con su hermano, un año mayor que él, para hacerles frente a los otros tres varones. “Las mujeres eran muy maternas con nosotros. Pero era difícil el trato con los mayores, porque nos quitaban posibilidades de todo tipo, por ejemplo uno me enseñaba a manejar y después le inventaba a mis padres que yo había pisado una vaca, para no tener que compartir el auto entre cinco varones”.

La fórmula Barcia
¿Cómo se fue preparando para llegar adonde está hoy?
Desde muy chico tuve dos intuiciones básicas. La primera es que tenía que ser competitivo. Me fijaba

pequeñas metas, sin que nadie lo supiera. Por ejemplo: “Soy el que más tiene que saber de hipnotismo en la cuadra”. Entonces le pedía a mi padre que al viajar a Buenos Aires me trajera libros. Armé la biblioteca más completa de hipnotismo en Gualaguaychú y aprendí a hipnotizar desde chico. A veces nos escapábamos del colegio, comprábamos pizza y vino dulce y ya con eso los muchachos se dormían, los hipnotizaba. El hipnotismo siempre me sirvió; hoy todavía doy una conferencia y todos se duermen, de modo que ¡he sido eficaz! Y así seguí: “Soy el que más tiene que saber grafología del barrio”. Me compraba los libros, leía, aprendía de grafología. También, como tenía devoción por el Espíritu Santo y nadie se ocupaba de él, me especialicé; desde entonces me ha ayudado muchísimo, aunque las pifiadas mías no las puedo atribuir a su inasistencia sino a una torpeza natural.

Su segunda intuición es que “quien maneja el discurso tiene la espada”. Lo confirmó cuando leyó a Platón y a los sofistas. Barcia quería tener dominio sobre la gente, afirmarse en la vida, y por eso ejerció mucho la lengua. “Era una máquina de leer”. Buscaba las palabras que no sabía en el diccionario y las ponía en práctica con quien se cruzara en la calle.

EL PROFESOR

¿Cuál es la fórmula para despertar entusiasmo en los alumnos y ganarse su respeto?

> Conocer bien la materia

> Saber decir no sé

> Ser coherente “Si un alumno me pregunta qué es histoplasmosis y le digo ‘no sé, te lo voy a averiguar’, lo investigo y le contesto”.

> Saber escuchar a los alumnos “Uno me preguntó si había visto a los wachiturros. Le contesté que no miraba esas cosas. Pero insistió, entonces los miré y me llamaron de la prensa. Hice un análisis comparándolos con la cumbia villera. Puedo hacerlo, porque tengo una raíz popular, provincial y entrerriana”.

> Priorizar las preguntas de los alumnos antes que el programa académico.

> Robustecer a los alumnos “Los tuteo, me voy encima, exagero, les grito; soy un atropellador nato, aunque fingido. Quiero que el tipo logre reponerse y que me haga frente”.

EL PRESIDENTE

El Dr. Barcia ha dejado su impronta en la Academia Argentina de Letras, que preside. Logró darle autonomía y notabilidad, trabajando fundamentalmente en los siguientes pilares:

> La federalización

Para sacarle el tinte porteño, Barcia inventó la “academia transmigrante”: una delegación viaja a la provincia y consagra al académico que se incorpora a la Academia.

> La vinculación con los medios

“Con la enorme ayuda de los medios sacamos la Academia del reduito en el que estaba y la colocamos en la calle”.

> La digitalización

Digitalizaron un gran caudal de obras y se aventuraron en los nuevos medios. Es la primera y única Academia con canal de You Tube, con boletín informativo digitalizado y la primera institución en el país que publicó un libro multimedia.



Entrerriano, de pura cepa

Oriundo de Gualaguaychú, Barcia realizó un largo recorrido para llegar a donde está hoy. Sin embargo, siempre recuerda sus raíces provincianas.



>>

“Esto me dio cierta fluidez, a veces acuosa, pero me ha dado seguridad. ºA lo mejor ésta es la razón por la que uno termina como presidente de la Academia Argentina de Letras!”.

¿Cómo llegó a leer tanto? ¿Tenía algún método?

Leía ordenadamente. Una vez un compañero me preguntó si conocía a un autor del siglo XIX. Le respondí: “No, ºvoy por el XVII!”. Tuve mucha formación cultural y literaria. De chico tuve la posibilidad de conocer referentes que me asesoraban, como un periodista de Gualaguaychú que me prestaba libros, porque proyectaba en mí la frustración que tenía con el hijo, que no leía. A los quince años me hacía leer Borges y, aunque yo no entendía nada, iba con mis alpargatas y mi boina y mi cañita de pescar al río, repitiendo: “Nadie lo vio desembarcar en la unánime noche, nadie vio la canoa de bambú sumiéndose en el fango sagrado...”. Y, así, iba entendiendo de a poco. A la hora de la siesta me hacía tortas fritas, subía a un altillito que teníamos en casa y leía en voz alta Lope de Vega. Todas las noches leía un soneto de Enrique Banhs y al día siguiente, cuando me ponía las medias, lo repetía hasta recitar cien sonetos de memoria. Con su método de leer y repetir desarrolló mucho la memoria. “Leí que era un músculo y fue suficiente para mí”, confiesa orgulloso. Por eso, en el secundario lo apodaron “La antología” y al entrar a la facultad Barcia ya tenía leído más de la mitad del material de lectura. “Hoy, cuando espero, recito poemas de memoria y descubro cosas que antes no había visto. Tengo una bibliotecita portátil que me ayuda a no ser pavote y a no sentirme nunca solo”.

¿Cuál fue el primer libro que leyó?

Aprendí a leer a los cuatro años, en la casa de cuatro maestras solteronas que me tenían de hijo. El primer libro que recuerdo que leí fue *Barba Azul*. Una de las cuatro era bibliotecaria y me negaba ese libro, porque decía que no era para mi edad. Descubrí dónde estaba y lo leí. Creo que me dejó bastante horrorizado.

¿Qué libro lo marcó más?

El criterio, de Jaime Balmes. “El pensar bien consiste en conocer la verdad. Si conocemos la verdad, estamos en la tranquilidad de la vida. Si estamos encaminados en el error, estamos despistados”. Me dio pautas sobre cómo leer y tratar a las personas.

¿Qué personaje le gustaría ser?

Yo quisiera ser el hombre invisible para escuchar qué dice la gente en privado, con honestidad; para asistir a reuniones como las del Ku Klux Klan y hacer zancadilla a varios colegas que lo merecen.

¿Fracasó en alguna meta que se propuso?

Sí. Hubiera querido cantar bien... La primera vez que fui a un coro el Director me hizo cantar y me dijo: “Pedrito, tienes poco oído pero malo”. Y me anuló para siempre; rechacé la música mucho tiempo, porque la música me había rechazado a mí. Pero después hice mis intentos y hoy tarareo como loco, inclusive en misa dirijo el canto.

Papá Barcia

Intentó heredar de su padre la serenidad para propiciar el castigo justo y medido. Confiesa que le costó bastante: “Cuando me calentaba por algo y me iba de boca, me acordaba de mi padre, entonces intentaba calmarme y mi crítica venía en voz lenta y suave”. Educó a sus cuatro hijos con la misma coherencia con que lo hizo su padre. “Si te decía mañana no salís, no salías”. Ese rigor que la esposa de Barcia intentaba suavizar, en defensa de sus hijos, sembró exigencia y disciplina en ellos.

¿Cómo trató de preservar la infancia de sus hijos en la ciudad?

Aprendí también de mi padre cómo hacerlo. Él, que era el hombre más laborioso de la tierra y sabía hacer de todo, nos hizo juguetes para que viviéramos todo en casa. Cuando me casé y tuve hijos, compramos una casa con un patio espacioso y construimos una plaza con calesita, hamacas, tobogán; los chicos jugaban a las escondidas, se disfrazaban; tenían la diversión en el fondo.

Además de aprender de su padre, ¿qué le enseñó su esposa sobre educación?

De ella, una mujer mucho más lúcida que yo —aunque yo me luzca más por hablar en público—, aprendí que no todos los gatos son pardos: hay hijos e hijos. Mi mujer sabía que había que hacer diferencias. También inventó algo muy efectivo: darle a cada hijo un presupuesto por mes para que aprendieran a administrar su dinero. La menor el primer día invitó a todas sus amigas a Pumper Nic y gastó

todo el dinero. Al día siguiente, cuando me pidió plata para el cumpleaños de la amiga, le dije que no, que ya le habíamos dado para el mes entero. “Si te la gastaste, escribí un papel que diga *vale por un regalo el mes que viene*”. “¿Qué ridículo, papá!”, me dijo. Pero lo hizo. Y aprendió. ºHoy ella es quien les presta plata a sus hermanos!

¿Y qué aprendió de sus hijos?

Yo tenía normas estrictas, no éramos locos, pero sí orgánicos, y aunque siempre fui coherente, con los chiquilines aprendí los sabores de lo gris. Dejé de lado el blanco y el negro con los que me manejaba y aprendí a tener flexibilidad.

También le enseñaron a ser claro con las explicaciones, a adecuarse a los distintos niveles y a graduar el vocabulario. “Me preguntaban por qué vuela la mosca y yo contestaba que vuela porque tiene alas, ¿y por qué? Porque Dios se las dio, ¿y quién es Dios? Y ahí ºte la debo! Me enseñaron a esforzarme por explicarle a ése que tenía cuatro años quién era Dios, en lugar de decirle, como nos decía un profesor en la escuela: ‘Cuando tengas siete lo sabrás’”.

Además, aprendió a ser oportuno en el consejo. A partir de un reproche de su hija —“Papi, ºno me lo dijiste!”—, Barcia no escatima en decir siempre lo que piensa, intentando no ser cargoso, pero evitándose la responsabilidad de no haberlo advertido.

¿Tiene algún hobby?

Mi *hobby* era trabajar en cosas de la casa; rearmarles collares y sandalias a mis hijas y arreglarles la malla del reloj a mis hijos. Tengo una mesa de carpintero muy grande y un muy buen plantel de herramientas, por eso tomo todo con pinzas. Ahora, que me cansé de arreglar cosas, me recluso en casa a hacer asados, y disfruto porque me da la posibilidad de estar afuera con una mesa grande, muchos invitados, aunque al cuidar del asado no puedo opinar de todas las conversaciones. Hay niños que nacen con un pan abajo del brazo. Otros con un inflador (conozco a varios colegas así). Yo nací con una cuchara que meto en todos los guisos y platos; me gusta participar de todas las conversaciones. Después de comer, me pongo el pijama y duermo la siesta. Churchill lo hacía y ganó la Segunda Guerra Mundial.

Y para la Argentina Barcia desea que...

Ante todo, que no se pierda la esperanza. Y rescata una frase de Borges: “¿Tenemos que tener esperanza? Tenemos la obligación de la esperanza”. Barcia se hace eco de esta sentencia y fundamenta por qué es un argentino esperanzado: “Yo he trabajado toda mi vida modificando estructuras, luchando por las sanas ideas; me he jugado mucho y eso me obliga a ser optimista”. No obstante, advierte que para evolucionar resulta imperioso cambiar el lema del porteño “no te metas” por el lema entrerriano “metete, hermano”. “No hay que balconear la verdad, hay que jugarse por ella, meter la mano y cambiarla”. Barcia desea que “se enderece el país, distribuyendo los poderes; que el plano de los valores vuelva a tener la dimensión que supo tener; que la educación argentina se rescate de su decadencia y forme personas integrales; que los docentes estén mejor formados y articulados con el mundo de la era electrónica, que es el mundo de hoy”. Y concluye: “Los mejores deseos para mi pueblo con el que contribuimos en lo que podemos, hasta donde nos da el cuero”. ■

/// “No hay que balconear la verdad, hay que jugarse por ella, meter la mano y cambiarla”.

